

LECCION II.

Poder de la naturaleza : poder del arte.

Natura sanat, medicus curat morbos. Ved ahí el lema con que encabeza el respetable Hufeland su capítulo altamente filosófico acerca de la *Fisiátrica*, ó sea la curacion natural, y aun mejor, la medicina que obra con arreglo á las inspiraciones de la naturaleza. Dicha palabra es de origen griego, compuesta de *physis*, naturaleza, y *iatro* médico. La naturaleza es, en efecto, la que cura todas las enfermedades, pues aunque en muchos casos la ayuda el arte, éste solo obra por medio de aquella. Antes de tocar, empero, esta cuestion, es preciso dar una idea de lo que entendemos por naturaleza.

Uno de los caracteres distintivos entre los cuerpos orgánicos y los inorgánicos es, que aquellos viven, y estos no viven, tan solo existen. Pues bien, todos los cuerpos organizados ó que viven, esto es, los animales y los vegetales, están dotados de una *fuerza interior* que preside á todos los fenómenos de la vida en sus diferentes períodos, lucha sin cesar contra los agentes que nos rodean y que tienden á nuestra destruccion, ó sea contra las leyes físicas y químicas, recibe la impresion de los agentes nocivos, se reacciona contra ellos, lo que dá origen al desarrollo de los síntomas de las enfermedades, marca su curso, y efectua su crisis ó solucion por medio de un mecanismo que no nos es dado penetrar. El hombre posee en el mas alto grado esta pujanza interior. Esta fuerza, pues, que se confunde con la vida, porque es la misma vida ó parte de ella, que con ella nace y con ella muere, y que es inherente al organismo, es una fuerza misteriosa, completamente desconocida en su esencia, pero revelada por sus efectos. Se la conoce con los nombres de *principio vital*, *fuerza vital*, *potencia* ó *pujanza interior*, y sobre todo con el de *physis* ó *naturaleza*, desde Hipócrates hasta nuestros dias. Se le dá tambien el de *fuerza medicatriz*, nombre que á nuestro modo de ver no le compete sino cuando lucha ya con el principio morbífico que ha atacado á nuestra economía. Las fuerzas vitales alteradas constituyen, pues, los desórdenes patológi-

cos, y la buena direccion de las mismas al restablecimiento del órden alterado, hija de la favorable tendencia de la naturaleza, sola ó apoyada por el arte, es la autora de las curaciones, espontáneas en el primer caso, y artificiales en el segundo

Todos los médicos están completamente acordes en admitir esta fuerza de que nos estamos ocupando, y todos conocen y confiesan que sin ella no hay curacion posible. No reina, sin embargo, igual uniformidad de ideas acerca de las atribuciones y tendencias de la misma. En efecto, unos la han considerado como un principio inteligente, racional y que obra con espontaneidad, cuyos actos creen deber siempre respetar, persuadidos de que siempre tambien obra en favor nuestro y hasta que no puede obrar de otra manera, no aceptando por lo tanto la idea de que pueda sufrir extravíos y perjudicarnos. Van-Helmoncio y Stahl son los jefes de esta escuela. Aquel señaló como sitio de dicho principio el plexo solar, desde el cual, á la manera que un monarca desde su trono, transmite sus órdenes á todos los órganos, aun los mas distantes, y le denominó *grande arqueo*, para distinguirlo de los *pequeños arqueos*, que atribuia á cada uno de aquellos, y que estaban sujetos al grande ó supremo. Este sistema se conoce con el nombre de *arqueismo*. Stahl fijó como punto de partida de estos fenómenos, el *alma*, y por eso su escuela lleva el nombre de *animista* ó *espiritualista*. El célebre naturalista Buffon y con él algunos franceses lo refieren al diafragma. Raymond, al contrario, hace consistir la naturaleza en la elasticidad y oscilacion de las fibras, y en el movimiento progresivo y circular de los líquidos. Los que consideran, pues, á la naturaleza como un sér inteligente, le dan un valor inmenso, mejor diremos, absoluto, echándose en sus brazos en el tratamiento de las enfermedades, y estampando en su bandera el lema de *autocracia de la naturaleza*. Los que profesando ideas opuestas, la rebajan y degradan indebidamente hasta el punto de creer que no puede tomar la iniciativa en la curacion de las dolencias, y que por lo tanto, nunca se le puede confiar ésta, la señalan el triste papel de esclava del arte. Aquellos dieron origen á la medicina expectante, éstos á la activa. Hecha esta ligera reseña de lo que se entiende por naturaleza ó fuerza vital, pasemos ya á probar con ejemplos prácticos la exactitud del aserto de Hufeland, antes enunciado, á saber, *que la naturaleza es la que*

cura las enfermedades, pues aunque en muchos casos la ayuda el arte, éste solo obra por medio de aquella.

Debiendo pasarse siempre de lo fácil á lo difícil, nos fijaremos primero en las enfermedades externas, quirúrgicas ó visibles, para hacer despues igual aplicacion á las internas ó médicas, sobre las cuales no tienen los sentidos tanto dominio.

Supónganse tres casos: una fractura, una herida y una úlcera, las tres simples: redúcense y se mantienen reducidos los extremos del hueso fracturado, y á los cuarenta dias, mas temprano ó mas tarde segun diversas circunstancias que no es del caso enumerar, se encuentra la fractura perfectamente consolidada: se ponen y conservan en contacto los bordes de una herida incisa poco extensa y profunda, y al cabo de dos, tres, cuatro dias etc., se halla completamente cicatrizada: cúrase, por fin, con cerato simple ó con planchuela seca la úlcera, y á los pocos dias observamos su cabal cicatrizacion. Ahora bien; ¿ diremos, por ventura, que el apósito que se aplicó para mantener reducidos los extremos del hueso fracturado, curó la fractura? ¿ que las tiras de emplasto aglutinante ó el colodion que se empleó para mantener en contacto los bordes de la herida, curó ésta? ¿ que la hila seca, finalmente, ó el cerato simple curaron la úlcera? Nó, y mil veces nó. La naturaleza, la fuerza medicatriz es la que ha verificado la curacion en los tres casos. El arte no ha hecho mas que constituir las partes en las circunstancias mas favorables para que aquella se verificase.

Si de las enfermedades quirúrgicas pasamos á las médicas, observaremos iguales procederes por parte de la naturaleza, si bien no podemos apreciarlos de una manera tan palpable, por no ser tan extensa la esfera de accion de nuestros sentidos en el campo de éstas como lo es en el de aquellas. Prescindiremos de los males de poca gravedad, que tan á menudo vemos ceder á los simples esfuerzos de la naturaleza, como por ejemplo, leves indigestiones, resfriados, etc., para fijarnos en los graves. En la pulmonía, y en general, en todas las inflamaciones sangramos y disminuimos por este medio las fuerzas, lo cual bastaria, á primera vista, para persuadirnos de que hemos curado ya; sin embargo, no hemos hecho mas que franquear el camino, remover obstáculos, esto es, quitar el exceso de irritacion y de sangre, ó modificar el estado de ésta, poniendo así á la naturaleza en disposicion de

desempeñar el trabajo interno, que es el verdaderamente curativo, y que siempre debe preceder, para que surtan buen efecto los remedios empleados. Lo mismo sucede en las enfermedades de carácter distinto ú opuesto. En las calenturas adinámicas ó en las nerviosas obtenemos indirectamente la curacion por medio de los tónicos, excitantes ó antiespasmódicos que aumentan ó regularizan el estado de las fuerzas, colocando de esta manera á la naturaleza en las condiciones mas ventajosas para alcanzar la curacion. Hasta en las discrasias sucede el mismo fenómeno. En una sífilis constitucional, pues, en vano emplearemos los diversos preparados mercuriales, aun los mejor indicados, si las fuerzas del cuerpo están agotadas; al paso que obtenemos la curacion, cuando despues de levantada la fuerza vital por medio de una dieta analéptica sostenida, se ponen nuevamente en juego dichos medicamentos: en una palabra, cuando satisfacemos préviamente la *indicacion vital*.

Las crisis nos dan tambien un irrecusable testimonio del poder de la naturaleza, cuando vemos que mediante un copioso sudor, v. g., vuelve á la vida un enfermo á quien pocas horas antes habíamos desahuciado.

Por último, lo que mas ensalza su pujanza son las curaciones obtenidas por ella á pesar de los métodos terapéuticos mas variados, opuestos y hasta absurdos que algunas veces se ponen desgraciadamente en juego en algunas enfermedades. Entonces sus triunfos son de mas prez y valía, porque ha salido victoriosa luchando de frente con la enfermedad y los descabellados planes de curacion.

Como corolario de las anteriores reflexiones, aduciremos la tan filosófica sentencia de Boerhaave. *Causa curans per remedia morbos est vita superstes, et propria cuique temperies; illâ deficiente, iners medela*. La causa que cura las enfermedades mediante los remedios, es la fuerza vital persistente y el temperamento propio de cada uno: siempre que ésta falta, la curacion es ineficaz.

¿Será, empero, justo, razonable y lógico, que nos dejemos deslumbrar por los brillantes rayos, que desde el solio en que la hemos colocado, despide la naturaleza? ¿Será justo y lógico, que hinquemos siempre ante ella la rodilla, y secundemos los caprichos que algunas veces presenta, y las aberraciones que de vez en cuando sufre? Solo

en Dios debemos buscar la perfeccion: su obra predilecta, el hombre, ya no la posee.

Preguntaremos, pues: ¿La naturaleza cura las enfermedades por sí sola, ó sea sin auxilio del arte, ó necesita de éste algunas veces?

En otros términos: ¿La autocracia de la naturaleza es siempre una verdad? Veamos ante todo la significacion de esta palabra segun su etimología. *Autocracia* es un término de origen griego, derivado de *autos* sí mismo, y *kratos* fuerza, potencia. Esto es, potencia independiente que saca toda su fuerza de sí misma. Fué introducido en medicina por Staahl para expresar la accion de la naturaleza en la conservacion de la vida, ó sea el principio vital. Ahora bien; ¿posee siempre la naturaleza esta fuerza suficiente y proporcionada para velar por nuestra salud, y restituírnosla cuando la hemos perdido? Desgraciadamente no siempre la posee ni en el simple desempeño de algunas funciones, ni en la curacion de varias enfermedades. Vamos á probar por partes estos dos extremos.

Funciones. ¿Qué utilidad reportan los infelices niños abrumados bajo el peso de los dolores de la denticion, dolores acompañados, en un gran número de casos, de fuertes y repetidas convulsiones, diarreas y demás cortejo de síntomas? Contesten por nosotros los cementerios poblados de esas inocentes criaturas, que en tan gran número reciben en su seno en la estacion de verano. Contad, partidarios de Staahl, contad esas innumerables víctimas, y decidnos despues, si os atreveis, que la naturaleza es próspera en todos sus actos. ¿Qué utilidad reportan las jóvenes púberes de los crueles dolores y sufrimientos que acompañan á una dismenorrea? La pérdida de la salud, de los placeres con que las brinda su nuevo estado, y por fin, hasta de la vida, si en razon de esos disturbios ó de la supresion de la menstruacion, efectos de la impotencia de esta misma naturaleza para establecer debidamente ó normalizar una funcion que ha de ser en adelante el termómetro de la salud de la mujer, se desarrolla una afeccion orgánica en alguna viscera noble, v. gr. una tisis, un aneurisma del corazon, etc. ¿Qué utilidad reportan las mujeres de la innumerable cohorte de padecimientos que las agobian durante el estado de embarazo, estado que únicamente en tono irónico y sarcástico han dado en llamar « interesante » los escritores del dia? ¿Qué utilidad, finalmente, reportan las mujeres, de que los acer-

Los dolores del parto se prolonguen dos, tres, cuatro ó mas dias, y que en virtud de la impotencia ó de las aberraciones de esta tan enalzada naturaleza, sea preciso introducir por los órganos genitales de las mismas, diversos instrumentos para terminar el parto y hasta para hacer pedazos el cuerpo del feto, con el humanitario fin de salvar la vida de la desgraciada madre, próxima á ser sacrificada por su propio hijo, por aquel mismo á quien ha dado el sér, y conserva como un sagrado depósito en lo interior de sus entrañas? Contestad, si podeis, á estas interpelaciones, partidarios acérrimos de la *autocracia de la naturaleza*, y considerad sobre todo que hablamos de funciones, que por no haberse desempeñado cual competia, han degenerado en verdaderas, gravísimas y hasta mortales enfermedades.

Creemos que no será necesario recargar mas las negras tintas de este cuadro, recordando la suma endebles de la naturaleza, cuando permite que de causas las mas sencillas resulten males de la mayor trascendencia. En efecto, no es raro ver fracturas del cuello del fémur, ocasionadas por haber puesto el paciente *el pié en falso*, como vulgarmente se dice, al bajar una escalera; ó hemoptisis y hernias producidas por los simples esfuerzos de la risa, de la tos, de un estornudo, de levantar un peso, etc.

Cómo prueba de lo que se acaba de decir, manifestaremos que en el mes de diciembre del año 1866 asistimos á un íntimo amigo nuestro, profesor de medicina que ejerce en esta ciudad de Barcelona, quien al bajar una escalera, se fracturó la rótula izquierda sin haber dado caída ni recibido contusion alguna y sí solo á consecuencia de una fuerte contraccion del músculo triceps femoral correspondiente por haber dado un traspíe.

Si de las *funciones* pasamos á las *enfermedades*, nos convencemos muy pronto de que la naturaleza es impotente para reducir y mantener reducidos los extremos de un hueso fracturado que cabalgan uno encima de otro; reducir una luxacion del fémur; curar un cólera-morbo fulminante, un envenenamiento profundo, una apoplejía fuerte, una hernia estrangulada, una calentura intermitente perniciosa, y otras varias enfermedades que podríamos citar; en todas las cuales es preciso apelar á los recursos del arte, sin los cuales sucumbiria la naturaleza. En estos y semejantes casos es de rigurosa aplicacion el sabio

principio ó aforismo que dice: *Ars et natura ad salutem conspirant.*

No se crea, sin embargo, que porque usamos este lenguaje, seamos partidarios de Brown y juzguemos deba usarse siempre una medicina activa, por desconfiar de la naturaleza: léjos de nosotros semejante idea: somos los primeros en reconocer que sin ella no hay vida, no hay salud, no hay curacion posible; que sin la naturaleza el arte seria impotente: queremos solo demostrar que se le ha dado por muchos una importancia peligrosa. Tristes, repetidos y funestos ejemplos de esta verdad está presentando diariamente la Homeopatía, aunque desconozcan ó no quieran confesar sus adeptos, que los pésimos resultados que obtienen en las enfermedades, cuya curacion no es obra exclusiva del tiempo y de un buen régimen, dependen del uso de una medicina expectante-tipo. Queremos, en una palabra, que á la manera que en un Gobierno representativo bien organizado hay cierto equilibrio entre el Trono y el pueblo, lo haya tambien entre la naturaleza y el arte, sin que se dé mas importancia al uno con detrimento y á expensas del otro.

*Est modus in rebus, sunt certi denique fines,
Quos ultrà citràque nequit consistere rectum.*

De todo lo dicho se deduce, que la autocracia de la naturaleza no siempre es una verdad, y que por lo tanto, no puede ésta curar las enfermedades por sí sola; sino que en mayor ó menor número de casos necesita de los auxilios del arte.

LECCION III.

Bases de la Terapéutica. — Observacion.

Estas son ciertos conocimientos teóricos de medicina, la observacion y la experiencia. Cuando el célebre Baglivi dijo: *Tota medicina est in observatione*, supuso que á la observacion debian preceder dichos conocimientos, y que de ésta y de los experimentos resultaba la experiencia. En efecto, la observacion en terapéutica, sin los previos conocimientos de anatomía, fisiología, higiene privada y patología general, seria si no estéril, por lo menes de escaso provecho, porque

ignorándose la estructura de los órganos, su modo normal de funcionar, el de conservar este estado, y sus alteraciones morbosas, mal podria formarse un buen diagnóstico, ni menos por lo tanto tomarse y cumplir bien una indicacion, objeto final de la terapéutica. Todo lo que conduce á un buen diagnóstico, conduce tambien á una terapéutica acertada, supuesto que ésta estriba en aquel. *Qui benè judicat, benè curat*, dijo Baglivi: «El que diagnostica bien, cura bien.» Por eso dijo tambien el padre de la medicina hace ya 23 siglos: *Qui ad benè cognoscendum sufficit medicus, ad sanandum etiam sufficit*. El médico que con sus buenos conocimientos alcanza á formar un diagnóstico acertado, alcanza tambien á obtener buenas curaciones. Este precepto debe tomarse tan solo como una regla general, no como una regla absoluta, pues no es infrecuente el que curemos enfermedades, sin haber formado previamente un buen diagnóstico, ateniéndonos tan solo á la naturaleza cierta ó quizás nada mas que probable del mal, siendo así que lo primero y mucho menos lo último no constituyen un verdadero diagnóstico. Al contrario, muchos son los casos en que, para desgracia del enfermo, se nos presenta una dolencia que conocemos perfectamente, y la misma certeza del diagnóstico no solo no nos proporciona la curacion, sinó que nos quita la mas remota esperanza de obtenerla. Tal sucede casi siempre en las tisis, sobre todo adelantadas, y en los aneurismas del corazon, cánceres del estómago, intestinos, matriz, etc., y por esto á la regla ó precepto terapéutico que dice: *Cognitio morbi, inventio remedii*, se ha añadido con mucha oportunidad *non autem curatio*. Conocida la enfermedad, está inventado ó indicado el remedio; la curacion, sin embargo, no se obtiene, porque se trata de enfermedades reputadas incurables en el dia. Prescindiendo, empero, ya de estas reflexiones, vamos á ocuparnos de la *observacion, experimentos y experiencia*.

Observacion. La observacion es una operacion esencialmente intelectual, en virtud de la cual aplicamos á la vez los sentidos y las facultades intelectuales hácia un objeto para conocerlo con la mayor perfeccion posible. Es la atencion en su mas alto grado, cuando se dirigen sus conatos á la adquisicion de conocimientos complexos. «La primera base de toda ciencia, dice Gintrae, es la observacion de los hechos.» «Si la observacion ha sido el primer fundamento de la ciencia,

todavía es el instrumento principal de sus progresos y la guía mas segura del práctico. Sus consejos deben ser invocados y atendidos.» Una prueba tan elocuente cómo incontestable de esta verdad es la medicina de observacion, representada por el inmortal Hipócrates, figura la mas gallarda y venerable que se destaca en la Historia de la medicina; pues así cómo todas las otras doctrinas y los sistemas que han regido en diversas épocas los destinos de ésta, han brillado y desaparecido en seguida, cual metéoros fulgentes y pasajeros; la medicina hipocrática, al contrario, se ha presentado siempre cual astro majestuoso, perenne y brillante, que empañado ú oscurecido alguna que otra vez por la nebulosa atmósfera de un sistema, disipada ésta por los claros rayos de la verdad, ha aparecido de nuevo mas bello y luminoso que antes. Y es porque la medicina de observacion está basada en los hechos, y estos son constantes é indestructibles: tan solo la descarriada imaginacion del hombre los altera y desfigura.

Varias son las dotes que debe poseer, en el mayor grado de perfeccion posible, el que se dedica á la observacion, ya en medicina, ya en todas las demás ciencias que á ella se prestan: á saber, *sentidos fieles y expeditos, juicio atento, tranquilo y sin prevencion*, y sobre todo el *espíritu de observacion*.

Dichas dotes pueden con razon dividirse en sensuales é intelectuales, division adoptada por Raciborski en su excelente y filosófico tratado del diagnóstico, al establecer los métodos del mismo, diciendo despues..... «Estos hechos pueden producir la conviccion de que el médico, no solo se instruye por los sentidos externos, sino tambien por los internos, instrumentos de una facultad sublime que no se halla mas que bosquejada en los animales, y que se llama inteligencia.» Recorreremos cada una de estas cualidades.

Sentidos fieles y expeditos. — *Nihil est in intellectu quod prius non fuerit in sensu*, dijo Aristóteles, habiendo despues añadido Leibnitz: *nisi intellectus ipse*. Este sabio principio, lema de la Escuela sensualista, representada por Condillac, además de manifestarnos la alta importancia de los sentidos en la observacion, nos indica que el buen orden exige que se empiece por ellos el exámen que nos proponemos hacer de las ya referidas dotes.

Los sentidos, esos emisarios del alma, esas puertas que abriéndose

franquean el paso á las impresiones, que transmitidas al alma, se elevan á la categoría de sensaciones, deben ser, segun hemos dicho, *fieles y expeditos*: esto es, que reúnan las dos condiciones de buena organizacion y exquisita sensibilidad: aquella la recibimos al nacer, ésta nos la proporciona la educacion basada en la atencion y el hábito. De esto, sin embargo, no es lógico deducir, que el médico, que tenga algun sentido poco desarrollado ó poco sensible, esté incapacitado para la observacion; pues sabemos que éstos se suplen mutuamente, aumentándose la sensibilidad de uno á expensas de la de otro, cómo vemos diariamente suceder en los ciegos, quienes tienen el órgano del tacto tan sensible, que distinguen en los cuerpos cualidades tangibles que no pueden apreciar los que no sienten el peso de tamaña desgracia.

Admitiremos los cinco sentidos que de tiempo inmemorial vienen admitiéndose, á saber: vista, oído, gusto, olfato y tacto; evitando los extremos de los que han pretendido reducirlos á uno, y de los que han querido extenderlos á seis. Aquellos no admiten mas que el contacto: estos añaden un sexto sentido, el genésico, ó sea el deseo de la propagacion de la especie. Unos y otros, á nuestro modo de ver, están equivocados. En efecto: si bien todos los sentidos reciben una impresion especial que deben pasar al cerebro por los conductores nerviosos, para que se verifique la sensacion, y esta impresion es un verdadero contacto de diferentes agentes ponderables ó imponderables con el aparato físico y vital de los sentidos; sin embargo, es tan distinto el mecanismo de accion de todos ellos, que no se puede menos de admitir el número de cinco, aunque reconozcamos en todos el fenómeno fundamental del contacto. Y en verdad, ¿puede compararse ó asimilarse la impresion verificada en la retina por las cualidades visibles de los cuerpos mediante la accion de la luz, á la que producen en el nervio acústico las cualidades sonoras por medio de las vibraciones del aire que chocan en la membrana del tambor, y así de los demás sentidos respectivamente? De ninguna manera.

Tocante á los que admiten un sexto sentido, ó sea el genésico, solo haremos notar, que no verifica respecto del cerebro el oficio que los verdaderos sentidos desempeñan. Además, confunden una sensacion interna que vela por la conservacion de la especie, como el ham-

bre y la sed por la del individuo, con un sentido que debería corresponder á la vida de relacion, caso de serlo. No entraremos en consideraciones acerca de cada uno de los sentidos, y de los datos que para un buen diagnóstico ellos nos proporcionan, porque eso sería invadir el terreno de la patología gèneral; quedando probado y siendo muy fácil comprender lo mucho que sirve al terapéutico el fácil y expedito uso de los sentidos, ya para establecer un diagnóstico acertado, ya para conocer perfectamente las cualidades físicas y químicas de los diversos agentes terapéuticos que emplea, ya finalmente para practicar la observacion y experimentos con escrupulosidad, y deducir consecuencias lógicas y precisas, lo que constituye una experiencia fiel y verdadera. Veamos en prueba de eso un hecho que refiere Mr. Bouillaud. Este distinguido práctico, hallándose en consulta para una afeccion del corazon con otros dos colegas, reconoció de un modo incontestable una prominencia en la region precordial. Uno de ellos aprobó la opinion de Mr. Bouillaud; pero el otro no supo disimular su admiracion, viendo á sus compañeros reconocer una prominencia donde él creía ver á primera vista una depresion. Este, pues, no tenia tan bien educado el órgano de la vista como aquellos, toda vez que la prominencia realmente existia.

Diremos para concluir, que mediante los sentidos, ponemos en práctica once métodos de diagnóstico, cuales son la inspeccion, medicion, palpacion, depresion, fluctuacion, succusion, tactacion, percusion, auscultacion, olfacion y gustacion, y que hay ciertos instrumentos que suplen mas ó menos ventajosamente la insuficiencia de aquellos: así es que un reloj de segundos, el termómetro, medidas de extension ó de peso, el microscopio, los reactivos químicos, los estiletes, las sondas, el speculum, el plexímetro, el stetoscopio, el laringoscopio, etc., prestan incalculables servicios al observador.

Hemos indicado antes, que las dotes de éste pueden con razon dividirse en sensuales é intelectuales: hecha ya la apreciacion de aquellas, que son las que pertenecen á los sentidos, y por esto se llaman sensuales; vamos á ocuparnos de éstas, cuya denominacion indica su asiento, esto es el cerebro, y sus verdaderos cimientos, las diversas facultades intelectuales, como la atencion, memoria, juicio, etc. De nada servirían las dotes sensuales, si no hubiese el apoyo de las inte-

lectuales. A la manera quede nada servirían los alimentos, si no hubiese un estómago que los digiriese, tampoco servirían los datos que recogemos por los sentidos, si no hubiera un cerebro que con sus diversas facultades intelectuales digiriese dichos datos, en una palabra, si no les diese valor y significacion.

Atencion. Esta preciosa facultad del alma es la primera de las dotes intelectuales que necesita el observador, por ser la mas indispensable para la perfecta educacion de los sentidos, la que está mas ligada á ellos, la que representa, por decirlo así, la transicion de las dotes sensuales á las intelectuales, la que forma, por último, el eslabon de la cadena que une aquellas con estas. La atencion, como dice muy bien nuestro apreciable y erudito maestro Dr. D. Juan Bautista Foix en sus *Apuntes sobre la terapéutica general*, puede definirse «el esfuerzo que hace el ánimo ó espíritu para embeberse de todas las cualidades y circunstancias de uno ó mas objetos.» La atencion puede llegar á tal extremo que se convierta en arrobamiento ó éxtasis. Tal sucedió al famoso y malogrado Arquímedes, quien haciendo una demostracion matemática en la plaza de Siracusa, en el momento en que á sangre y fuego se apoderaban de ella los romanos, tan absorto y como arrobado estaba en su demostracion, que fué degollado en el mismo sitio, sin apercibirse siquiera de los horrores del combate. Lo mismo puede decirse de Sócrates, que en una profunda meditacion, permaneció inmóvil en un mismo sitio por espacio de 24 horas, expuesto á los rayos de un sol ardiente.

La atencion de un buen observador debe ser sostenida y enérgica, porque como dice muy bien el Dr. Jules Guerin en su *Tratado de la observacion en medicina*: «La verdad, semejante á aquellas estrellas que es preciso mirar mucho tiempo para descubrirlas, casi nunca se aprecia al primer golpe de vista.» El observador debe por consiguiente estar dotado de una gran paciencia y las mas de las veces necesita una prudencia extrema. Con el ejercicio adquiere destreza y habilidad, ó lo que generalmente se dice, buen tacto. La atencion, lo mismo que la memoria, se aumenta cultivándola. Debe, por lo tanto, evitarse cuidadosamente todo aquello que pueda alterarla ó debilitarla, como la fatiga del espíritu, una idea fija, el sueño, etc. Esto impulsó al jefe de la medicina de observacion, el inmortal Hipócrates, á consignar

entre sus sabios preceptos, que se visite con preferencia los enfermos por la mañana que por la tarde, pues decia, que entonces se halla el médico en mejores condiciones para observarles bien, y ellos mas dispuestos para responderle.

Nada mas propio para manifestar la suma importancia de la atención que la elegante metáfora de nuestro malogrado Balmes, que se lee en su preciosa obra titulada *El Criterio*. « Con la atención, dice, notamos las preciosidades y las recogemos; con la distracción, dejamos tal vez caer al suelo el oro y las perlas cómo cosa baladí.»

Tranquilidad de ánimo. Esta cualidad que tan íntimamente está enlazada con la atención, pues que sin aquella no puede existir ésta, es tambien indispensable al observador, puesto que una pasión viva absorbe, por decirlo así, todas las facultades morales, y distrae al entendimiento de otros objetos, por mas que la atención quiera fijarse en ellos. El entrañable amor que profesamos á una esposa, el tierno cariño que nos une á los hijos, el profundo amor, respeto y gratitud que nos liga á los padres, son otras tantas circunstancias que nos desvian del sendero de la buena observación, porque los estrechos lazos que con ellos nos relacionan, producen dos efectos contrarios, ambos sumamente perjudiciales: ó aumentan el peligro por el exagerado temor de perder á una persona querida; ó lo disminuyen, porque tomando una dirección opuesta las facultades morales, se nos figura imposible que haya llegado el triste momento, en que deba por siempre separarse de nosotros un sér, dueño absoluto de nuestros afectos y quizás de nuestro porvenir. Estos inconvenientes suben de punto, si trata el médico de curar sus propias dolencias, á no ser que sean muy ligeras, sencillas y conocidas. De estas consideraciones se deduce un precepto que aconseja la prudencia, é impone la moral médica, á saber: que los profesores del arte de curar no deben tratar por sí solos las enfermedades de sus familias y deudos mas interesados, y mucho menos las suyas propias, sino que deben apelar á los conocimientos de los compañeros que les inspiren mas confianza.

Despreocupacion ó falta de prevencion. La preocupacion ó prevencion es uno de los mas acérrimos enemigos de la verdad. Es al descubrimiento de ésta, lo que una catarata á la vision. La prevencion es á veces hija de la mala fe. No cabe la menor duda en que el estado mo-

ral del hombre ejerce un poderoso influjo sobre sus facultades intelectuales. Una lacónica y exacta definición que se ha dado del médico, es decir, del que merece dignamente este nombre, pone de manifiesto nuestro aserto. Se ha dicho que el médico es: *Vir probus, medendi peritus*. Pues bien, en la palabra *probus* se comprenden la buena fe, la franqueza, la sinceridad, la justicia, el amor á sus semejantes ó la caridad, el desinterés, etc. El que no posea estas cualidades, particularmente las tres primeras, es muy fácil que adquiera prevenciones en pro ó en contra de determinados autores, sistemas, doctrinas, medicaciones, etc. Así es que los médicos sistemáticos, en medio de los beneficios que prestan en muchos casos á la humanidad, son en otros su mas cruel azote. Las malas pasiones, como el orgullo, el amor propio, el espíritu de partido, los celos, la envidia, el fanatismo, etc., son altamente perjudiciales en las ciencias de observacion y de raciocinio, no solo por sí mismas, sino tambien por el gravísimo inconveniente que traen consigo, de inducir al observador á los mas crasos errores. Veamos lo que tan oportunamente dice acerca del particular el célebre Bouillaud en su *Ensayo sobre la Filosofía médica*. Se expresa en los términos siguientes: «Mucho tiempo hace que se dijo, y nunca estará de mas el repetirlo, que para observar bien, juzgar con tino y raciocinar con exactitud, es preciso desprenderse de toda prevencion y de todo interés, que nó sea el de la verdad; porque las prevenciones son como los espejos, que aumentan ó disminuyen los objetos, segun los casos; ó mas bien como los prismas que alteran el color de los mismos; y porque un espíritu demasiado exaltado puede experimentar ilusiones y verdaderas alucinaciones en materia de observacion, que le conduzcan irresistiblemente á formar juicios completamente falsos.» No podemos menos de citar aquí el chistoso lance ocurrido entre un ciego partidario de la doctrina fisiológica, y un antagonista suyo. Tratábase de la autopsia del cadáver de un enfermo que falleció en una clínica. El broussista aseguraba, como es de suponer, que la enfermedad habia sido una gastro-enteritis. Abrió el estómago, y ¡cuál fué su sorpresa al ver que no se encontraba el menor vestigio de la tal gastro-enteritis! Pero como no miraba la cuestion con ánimo sereno y despreocupado, tuvo que inventar algo por no confesarse vencido, y apeló al ingenioso medio de cortar un pedazo del mismo y mirarlo al tras-

luz de los rayos del sol. Naturalmente debian verse serpear de esta manera los vasos sanguíneos de la membrana mucosa, y la coloracion por este medio observada, dijo ser la inyeccion sanguínea, expresion de la gastro-enteritis. Preciso es confesar, que si esta explicacion no era el reflejo de la verdad, éralo de un ingenio agudo.

Espíritu de observacion. Por fin es necesario que el observador reuna á las referidas dotes, otra de muchísimo interés, y que representa, por decirlo así, la síntesis de todas ellas, aunque no siempre las acompaña. Hablamos del *espíritu de observacion*. « Este consiste, segun dice muy bien Chomel, en una especie de inclinacion natural del juicio á examinar atentamente los objetos, al par que en la facultad de comprender y apreciar con prontitud sus relaciones y diferencias. » De esto se deduce que es una favorable disposicion con que dota á algunos hombres la naturaleza; pero si bien reconocemos que es innata, no nos es permitido dudar que puede con el cultivo adquirir un extraordinario desarrollo. El buen observador, ó el que posee el espíritu de observacion, se parece al poeta, al músico, al pintor, al matemático, etc., en que han nacido todos, digámoslo así, bajo el influjo de un astro, que arroja una brillante luz sobre el camino que cada uno de ellos debe recorrer. En una palabra, cada uno nace con una *vocacion* particular.

LECCION IV.

Experimentos.

Dijimos antes, que nos ocuparíamos sucesivamente de la observacion, de los experimentos y de la experiencia. Terminado lo que acerca de la primera nos propusimos decir, pasaremos á tratar de los dos últimos objetos, empezando por distinguirlos de aquella, y ellos mismos entre sí, pues no podemos dudar que hay mucha relacion y analogía entre la observacion, los experimentos y la experiencia. Oigamos lo que sobre el particular dice en su *Tratado de la Experiencia*, el ilustre Zimmermann. « Un experimento se diferencia de una simple observacion, en que el conocimiento que ésta nos proporciona, parece presentarse de suyo, en vez de que el que nos dá un experimento es

el fruto de alguna tentativa practicada con el designio de conocer un hecho determinado. Un médico que todo lo considera con atencion en el curso de una enfermedad, observa; y el que en una dolencia administra un medicamento y trata de apreciar sus efectos, experimenta; por eso el médico observador escucha á la naturaleza, y el experimentador la pregunta. La experiencia es el resultado de la observacion y de los experimentos.» La experiencia en medicina, pues, diremos que es el conocimiento adquirido por las repetidas observaciones y experimentos, de todo lo que puede contribuir á la salud y á la curacion de las enfermedades. Debe además distinguirse de la experimentacion, que no es otra cosa que el arte ó modo de verificar metódicamente los experimentos.

Dada ya una idea de esos diversos objetos, vamos á ocuparnos de la experimentacion, para poder en seguida con mas conocimiento de causa hacer algunas útiles reflexiones acerca de la experiencia.

Experimentacion. Así como en la larga cadena de las ideas y conocimientos humanos la observacion ha debido preceder á la experimentacion, no podia dejar de cumplirse dicha ley general en la adquisicion y adelantos de los conocimientos terapéuticos. En efecto, mal podríamos ensayar un experimento, si la observacion no nos hubiese hecho conocer previamente la marcha ordinaria de los fenómenos tal como se presentan naturalmente; mal podríamos ensayar un medicamento, si no conociésemos la marcha de la enfermedad, pues sin este conocimiento, como veremos muy pronto, nos expondríamos á confundir los efectos de un agente terapéutico con los fenómenos que sobrevienen en el curso natural de una dolencia. El médico, pues, que se dedica á la experimentacion terapéutica, debe estar adornado de las dotes del buen observador: el que experimenta debe luchar con mas obstáculos que el que observa simplemente. Sin embargo, muchos son los que creen, tanto médicos, como personas extrañas á la medicina, que nada es mas fácil ni mas sencillo que verificar experimentos en terapéutica. Léense todos los dias en las obras y periódicos de medicina mil y mil específicos para la curacion de las fiebres intermitentes, de la epilepsia, de la gota, de la tisis, de la rabia, etc., y sin embargo, tan solo la quina y sus preparados han resistido victoriosamente la prueba del tiempo en la curacion de las primeras; y en cuanto á las res-

tantes hemos adquirido la triste conviccion de que desaparecen como el humo las halagüeñas esperanzas que hubieran podido hacernos concebir tales obras y periódicos, y sobre todo el natural deseo que nos domina de arrancar á la muerte un número creciente de víctimas. Esos tristes desengaños, pues, son la mejor prueba de las muchas dificultades con que ha de luchar el experimentador, y que, por consiguiente, no es tan fácil como parece á primera vista, experimentar en terapéutica, si se trata de deducir, como se supone, consecuencias lógicas y ciertas, pues para deducirlas falsas, vagas é inciertas, pocos conocimientos se necesitan.

La experimentacion puede recaer ya sobre el hombre sano, ó enfermo, ya tambien en los animales. Necesario es valerse de estos últimos, cuando se quiere ensayar una sustancia nueva, quizás muy enérgica; pero debemos ser muy cautos y guardarnos de aplicar de una manera absoluta al hombre, las consecuencias ó resultados obtenidos en algunos de los irracionales; pues la experiencia enseña que sustancias inocentes ó inofensivas para ciertos animales, son muy venenosas para el hombre, y que otras inofensivas para éste, producen horribles efectos en algunos de aquellos: sirvan de ejemplo en el primer caso la belladona y las cantáridas, que se comen impunemente, aquella por el conejo y éstas por el erizo, siendo ambas venenosas para el hombre: como prueba del segundo citaremos el perejil, inofensivo para éste, y que ocasiona la muerte al loro y al conejo.

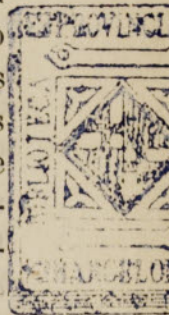
Podemos, no obstante, ensayar tambien en el hombre el uso de medicamentos muy enérgicos, sujetándonos á las reglas que expondremos muy pronto al ocuparnos del conocimiento de la sustancia medicinal.

El objeto de los experimentos verificados en el hombre no es siempre igual. Los que se efectuan en el sano, se reducen generalmente á conocer el efecto primitivo ó fisiológico (mejor diremos higiológico) de un medicamento, por ejemplo su efecto emoliente, astringente, purgante, sudorífico, diurético, etc. A esto llaman los homeópatas experimentacion pura. Los que se verifican, empero, en los enfermos, extienden su esfera de accion al conocimiento de los efectos secundarios ó terapéuticos del mismo, para poder combatir una enfermedad determinada. Debemos hacer notar aquí un fenómeno bastante raro que tiene cierta analogía con el que hemos manifestado antes, de la inocuidad

de ciertas sustancias en determinados animales, que sin embargo son venenosas para el hombre. Hablamos de la extraordinaria tolerancia que tiene éste para determinados medicamentos en ciertos estados morbosos: tal sucede con el opio en los casos de tétanos, de corea alcohólica y baile de San Vito, en que los enfermos toman grandes cantidades de dicha sustancia, por ejemplo una dracma y mas en las 24 horas, sin experimentar el menor síntoma de narcotismo; siendo así que, no diremos esta cantidad, sino otra muchísimo mas corta, es capaz de producir en el hombre sano ó en el que no padece las referidas enfermedades no solamente un profundo narcotismo, sí que tambien la muerte. Lo mismo diremos respecto de las altas cantidades de tártaro emético que se dan en las pulmonías, y de las sales de quinina en las intermitentes perniciosas. Es fácil concebir que ofrecen muchas menos dificultades los experimentos que se verifican en el hombre sano, que los que se refieren al enfermo, pues el problema de los primeros, como que es mas sencillo, es mas fácil de resolver. Las reglas que vamos á exponer son aplicables á uno y otro caso, con las modificaciones que naturalmente llevan consigo el estado de salud y el de enfermedad. Seguiremos en dicha exposicion el mismo orden que sigue Chomel en su tratado de *Patología general*, no pudiendo menos de admirar los sabios y concienzudos preceptos que acerca del particular, así como de todos los puntos que trata, consigna en la referida obra.

Varias son las circunstancias que debe conocer el experimentador terapéutico: unas figuran en primer término, es decir, cuyo conocimiento es de absoluta necesidad; otras en segundo, esto es, son de un interés secundario; pero á pesar de eso ilustran en gran manera las cuestiones.

Las primeras son tres, á saber: conocimiento del remedio, cuyos efectos se quiere apreciar; del sugeto en quien debe hacerse el experimento, y finalmente, de la enfermedad contra la cual se ensaya el remedio. Las segundas se refieren á que se use tan solo un agente terapéutico, á que se tenga certeza de que el enfermo realmente lo pone en práctica, al conocimiento de todas las circunstancias físicas y morales que pueden obrar sobre el curso de la enfermedad á un mismo tiempo que el remedio empleado, al de los cambios atmosféricos, al de la influencia de la imaginacion del enfermo, y por fin, á la manifes-



tacion de otro mal nuevo. Nos ocuparemos de todas estas circunstancias por el mismo orden en que van expuestas.

Conocimiento del remedio. El médico de conciencia y moralidad nunca debe administrar, ni permitir que se administre con su autorizacion, medicamento alguno cuya naturaleza ó composicion desconozca. Creyendo suficiente este precepto, y por no invadir el terreno de la higiene pública, no entraremos en consideraciones acerca de los remedios secretos, cuyo uso condena ésta de una manera absoluta. Así, pues, cuando se va á verificar un experimento, debe conocerse la naturaleza y composicion del medicamento, saber si ha sido ya usado una ó muchas veces por otro ú otros profesores, y quiénes sean éstos; y si poseemos las garantías de haber sido ensayado por buenos experimentadores sin accidente alguno particular, podremos naturalmente emprender los ensayos sin recelo, no empleando, sin embargo, dosis mucho mayores de las que han sido usadas por los otros. Si no existen, empero, estas circunstancias, si el medicamento no ha sido aun ensayado, si perteneciendo al reino vegetal es muy activo de por sí ó corresponde quizás á ciertas familias que contienen plantas venenosas, ó si es un mineral cuyas preparaciones gozan de una accion muy enérgica, ó en general que tenga un sabor y tal vez un olor muy fuerte, que aplicado á la piel ó á una membrana mucosa, obra como un irritante mas ó menos enérgico, ya produciendo la rubefaccion, ya la vesicacion, ya la cauterizacion, y sobre todo si ensayado en los animales ha producido una accion tan violenta que sea capaz de comprometer la vida; con facilidad se deduce que en estos casos nunca tomaremos sobradas precauciones, empezando por administrar dosis sumamente refractas del medicamento, por ejemplo, una vigésima parte de grano en las 24 horas. Entonces, sobre todo, debemos recordar el primero y mas interesante precepto terapéutico que es el *Ne noceas*, pues el *Prodesse* figura tan solo en segundo término. No podemos dejar de hacer aquí referencia á lo que le sucedió á Chomel cuando administró por primera vez la estriecinina, cuyos detalles omitimos por explicarse con extension en su obra ya citada.

Conocimiento del sugeto en quien debe hacerse el experimento. Este precepto se refiere á que debemos conocer la honradez ó moralidad, el grado de buen juicio y la susceptibilidad nerviosa del sugeto en

cuestion. La moralidad es la circunstancia mas apreciable, porque sin ella no hay deducción lógica posible. Díganlo, sinó, las innumerables supercherías que hemos presenciado todos los médicos que poseidos del verdadero espíritu de progreso, hemos querido estudiar y apreciar por nosotros mismos esas célebres sesiones de magnetismo animal que tanto ruido y admiracion han producido en las distintas capitales y hasta poblaciones subalternas de nuestra España, tantas cuantas veces una violenta ráfaga de viento nos ha traído de allende los Pirineos el vértigo magnético. No se crea que porque usamos este lenguaje, neguemos de una manera absoluta varios fenómenos magnéticos: declamamos, empero, contra el abuso que de ellos se ha hecho, dependiente, en la mayoría de casos, de la mala fe del supuesto somnábulo, que ha burlado la candidez y buenos deseos del magnetizador, que iba en busca de la verdad. Cuando se inventa ó descubre por algun médico un remedio contra una enfermedad, sobre todo en un hospital, en una clínica, en un dispensario médico, ó en cualquier otro establecimiento mas ó menos público, nada mas común que ser consultado aquel profesor acerca del particular, ya por sugetos que verdaderamente padecen aquel mal, ya por otros que creyendo padecerlo no lo padecen, ya por otros que lo fingen: hasta se han visto casos (trabajo y rubor causa decirlo) en que ha habido el doble fraude de ser fingida la enfermedad y el específico que se suponía poseer contra ella, á pesar de reputarse incurable en el actual estado de nuestros conocimientos, tan solo con el objeto de acreditar un específico, guiados por el sórdido interés. Pues bien, fácil es concebir las erróneas y fatales consecuencias que en todos estos casos, excepto el primero, se obtendrian, y el papel no solo desairado, sino hasta ridículo que desempeñaria el profesor, si no estuviésemos prevenidos para evitar estos escollos, tanto mas cuanto que el médico está anhelando, como es muy regular, obtener buenos resultados de sus ensayos, ya por el amor á la humanidad, ya por el interés de su propia reputacion.

Hemos dicho que otra de las circunstancias que debemos conocer en el sugeto en quien se experimenta, es el grado de su buen juicio. Es bien sabido que á éste le perjudica mucho la viveza de la imaginacion, así como su apatía. De ahí resulta, que las personas de una imaginacion volcánica, que no conocen un justo medio en sus juicios, y

cuyo elemento es la exageración, no son nada propias para la experimentación terapéutica, pues en virtud de su carácter pueden involuntaria y fácilmente inducir á error al facultativo que experimenta, ora ponderando la mejoría ó empeoramiento de sus dolencias, ora atribuyendo á este ó aquel síntoma una importancia que está léjos de merecer, ora, en fin, por una particular disposición de su ánimo que les vuelve ó muy confiados ó, al contrario, muy desconfiados, creyéndose unos muy mejorados hasta momentos antes de morir, al paso que otros exhalan de continuo amargas quejas por juzgarse en muy mal estado, cuando precisamente la mejoría es manifiesta y hasta se pronuncia una verdadera convalecencia. Concíbese también con facilidad, que condiciones opuestas, como una imaginación apagada y la carencia de talento son grandes obstáculos para la experimentación, pues esos sujetos tan poco favorecidos por la naturaleza, no sabrán ni podrán explicar al profesor los cambios ó modificaciones que experimente su organismo. Lo mismo, por fin, diremos de las personas dotadas de una gran susceptibilidad nerviosa ó de alguna idiosincrasia, porque desarrollándose con facilidad en el primer caso un extraordinario juego de simpatías, y en el segundo el fenómeno raro y especial, propio de la idiosincrasia, los resultados obtenidos en virtud de los ensayos tendrán un sello de especialidad que no puede en buena lógica aplicarse á la generalidad de los casos.

Conocimiento de la enfermedad. No cede en interés este requisito á los dos expuestos ya. En efecto, ¿qué consecuencia podríamos sacar de los experimentos, si no se tratase de una enfermedad bien caracterizada? ¿Qué seguridad podríamos tener en ellos, si el diagnóstico fuese oscuro ó dejase alguna duda? Considérese lo absurdo de las deducciones, si por carencia de este requisito, ya por falta de aplomo ya de datos, recayesen los ensayos en una enfermedad, y en otra las conclusiones, como sucede con alguna frecuencia. Verdad es, que no siempre podemos evitar este escollo, porque tenemos que luchar muchas veces con enfermedades, cuyo diagnóstico ofrece dudas, que no pueden disipar los actuales conocimientos de la ciencia. A esto se debe la reputación, tan grande como inmerecida, que hasta principios de este siglo se atribuyó al líquen para la curación de la tisis. Así es que una multitud de autores, entre cuyo número se cuenta el nombre

de uno de los prácticos mas aventajados del siglo pasado, el célebre Stoll, ha contribuido á dar á dicha sustancia una reputacion curativa de la tisis, que por desgracia ha fracasado en nuestros dias. ¿Y por qué? Por una razon muy sencilla. En aquella época la brillante antorcha del inmortal Laennec no habia esparcido todavía su clara luz por el confuso laberinto de las enfermedades crónicas de pecho, como lo hizo á principios de este siglo, por medio de los signos estetoscópicos que señalaron á cada una de ellas su verdadero carácter y sus justos límites. Faltos, pues, de la piedra de toque que poseemos en el dia, confundieron, sin que les fuese posible evitarlo, el catarro crónico bronquial con la tisis, é hicieron recaer los ensayos en aquel y las conclusiones en ésta; pues nadie puede dudar de la eficacia del líquen en la curacion de la primera de estas dos enfermedades. Lo mismo diremos hoy del tan cacareado meste para la curacion de la rabia. Bien podemos asegurar que los casos de curacion que se citan han adolecido del grave defecto de error en el diagnóstico. Al decir que éste ha de ser cierto y exento de dudas é incertidumbre, queremos significar que no debemos contentarnos con conocer sus dos principales elementos, cuales son el sitio y naturaleza del mal; sinó que debemos saber las formas variadas que puede ofrecer la dolencia, las modificaciones que en el cuadro de síntomas pueden presentar naturalmente los diferentes períodos de la misma, las tendencias hácia tal ó cual terminacion etc., pues careciendo de todos estos datos es muy fácil que atribuyamos á la accion del medio terapéutico los fenómenos ya favorables ya adversos que ocurran, debidos tan solo á la marcha natural de la enfermedad. Pocos lauros ornarian por cierto las sienas del práctico que sin lógica y tan solo rutinariamente emplease el *post hoc, ergo propter hoc*. ¡Cuántas curaciones y cuántas muertes son atribuidas por el vulgo á medios inertes, haciendo una falsa é indebida aplicacion de este principio! Diganlo las *milagrosas curaciones* obtenidas *en apariencia* por la Homeopatía, y *en realidad* por la medicina secular, cuando ésta con sus tratamientos racionales y prolongados las fué preparando en ocasion en que un discípulo de Hahnemann se encarga de asistir al enfermo. ¿Qué médico no ve en semejantes casos el efecto combinado del plan ó planes curativos anteriores, de los esfuerzos de la naturaleza y del gran elemento de curacion, el tiempo?

LECCION V.

Circunstancias de interés secundario en la experimentacion.

Explicadas ya en la leccion anterior las tres circunstancias que dijimos figuran en primer término en la experimentacion, vamos á ocuparnos de las otras ya enunciadas, que si bien de menor interés, son, no obstante, de muchísima utilidad.

Casi será estéril advertir la necesidad que hay de usar tan solo el medio terapéutico que se ensaya, porque si se usa algun otro, mas ó menos enérgico, no solo puede modificar, desvirtuar ó neutralizar los efectos de aquel, sinó que, aun cuando eso no suceda, nos quedamos perplejos en la apreciacion de los efectos obtenidos, por si pueden atribuirse á ambos medios empleados, ó tan solo al que es objeto del experimento. ¿Será extraño que se ofrezca esta duda, cuando hemos visto hace poco las dificultades que se presentan para distinguir simplemente los efectos de un medio terapéutico empleado, de los que son hijos de la marcha y cambios naturales de la dolencia? Tambien interesa sobremanera tener una completa seguridad de que se ha empleado el medio en cuestion, y en la forma, dosis y épocas prescritas; pues el que ha ejercido algun tanto la medicina conoce prácticamente las muchas inexactitudes, equivocaciones y supercherías que en el particular se cometen, haciendo desempeñar no pocas veces al profesor un papel por cierto no muy digno.

Conviene tambien en gran manera conocer el influjo de las causas físicas y morales que obren quizás en el enfermo al mismo tiempo que el remedio que se experimenta, pues sin este conocimiento seria muy fácil que pronunciásemos un fallo injusto sobre los efectos de un medio terapéutico, ya negándole una accion curativa que posee, ya atribuyéndole otra de que carece. Bastarán dos ejemplos muy sencillos para poner en claro este precepto. Trátase con la quina y sus preparados, y con la mayor oportunidad, la calentura intermitente de un sugeto, que la ha contraido y sigue viviendo en un sitio pantanoso, donde aquellas reinan endémicamente. La enfermedad se hace refractaria al anti-típi-

co. ¿Diremos que es porque la quina no cura las intermitentes? Nó; sinó porque las causas del envenenamiento miasmático que producen las intermitentes paludianas, siguen obrando, y por consiguiente neutralizan el efecto de la quina. Quítese al enfermo del influjo de estas causas, y ésta producirá brillantes resultados. Al contrario, preséntase en un hospital un infeliz mendigo, privado, no diremos de toda comodidad, sinó hasta de lo mas preciso para su sustento y abrigo, y atacado de una calentura intermitente. Colócasele en una buena cama con su correspondiente abrigo, dánsele algunas tazas de buen caldo, ó sopi-caldos, ó media racion, segun los casos, y al mismo tiempo se le administra los dos ó tres primeros dias una infusion de manzanilla, de té, ú otra sustancia análoga, con el objeto de cerciorarnos por nosotros mismos de la existencia de la intermitente, antes de recurrir al anti-típico. Sucede muchas veces, que observamos un acceso bastante remiso, otro mas remiso todavía, y por fin no observamos ya el tercero, habiendo desaparecido completamente la fiebre de accesos. Ahora bien, ¿atribuiremos este buen efecto á la infusion de manzanilla ó de té? ¿diremos que estas dos sustancias curan las intermitentes como la corteza del Perú? Nó, y mil veces nó. El buen efecto debe atribuirse al régimen adecuado á que se ha sujetado al enfermo, pues quizás la intermitente dependia nada mas que de las privaciones y mal régimen higiénico del mendigo. Lo mismo diremos respectivamente de las causas morales que pueden sostener una enfermedad, á pesar de la administracion de los medios terapéuticos mejor indicados; y de las afecciones del alma que pueden curarla, úsense ó no otros remedios.

Los cambios atmosféricos son otra de las circunstancias que debe tener muy presente el médico experimentador, por la notable influencia que ejercen sobre la marcha de ciertas enfermedades, y especialmente de los dolores reumáticos y nerviosos, de varios estados convulsivos, de erupciones herpéticas ó eczematosas mas ó menos pronunciadas, de ciertas enajenaciones mentales, etc. Concretándonos á los cambios de temperatura, nadie puede dudar de la extraordinaria influencia que ellos ejercen ya sobre varias enfermedades, ya tan solo en alguno de sus síntomas. Nos fijaremos en este último sentido, en uno de los de cierta enfermedad, por desgracia muy comun. Hablamos de la tisis. Es bien sabido que los sudores colicuativos de los in-

fortunados tísicos son uno de los síntomas mas molestos y que mas aceleran su triste fin: por lo tanto siempre se han empleado algunos medios para cortarlos, ó cuando menos disminuirlos. Uno de los mas usados es el acetato de plomo. Pues bien, éste, así como los otros medios que se emplean, producirán efectos mas ó menos notables y quizás nulos, segun varias circunstancias, dependientes unas de la temperatura, y otras independientes de ésta. Prescindiendo de las últimas, enlazadas con la alteracion de estructura de los pulmones, y la duracion del sueño, observamos que dichos medios producen mejores efectos, cuando la atmósfera general, ó la parcial del cuarto del enfermo están frias, cuando éste se halla acostado sobre colchones de crin, y se disminuye el abrigo de la cama. Al contrario, en circunstanciaso puestas dichos efectos son poco pronunciados y á veces nulos. Véase si influyen los cambios atmosféricos.

Todo el mundo conoce perfectamente la asombrosa influencia de la imaginacion sobre el organismo, y en prueba de ello no hay mas que citar la de los amuletos para la curacion de varias enfermedades. Cítanse acerca de este particular casos bastante raros: el de un sujeto atacado de salivacion por haber tomado unas píldoras inertes que él creia compuestas de mercurio: el de otro que quedó purgado con un medicamento al que suponía esta virtud sin tenerla: el de varios en quienes se ha obtenido el sueño por medio de una píldora de miga de pan, asegurándoles que era de opio. Un apreciable comprofesor, íntimo amigo nuestro, nos refirió el caso, de que habiéndosele presentado, en solicitud de un abortivo, una doncella que habia tenido un desliz; con el humanitario objeto de calmar su acalorada imáginacion, y de retraerla de cometer un crimen, le administró unas píldoras de miga de pan ú otra sustancia inerte, prometiéndola que lograria su objeto: el aborto, fuese casual, fuese efecto de la imaginacion, se verificó. Por lo tanto, en las experimentaciones los enfermos deben ignorar completamente el efecto que han de producir los medios empleados, para que no atribuyamos á éstos lo que sea quizás efecto de la imaginacion.

Por último, la aparicion de una nueva enfermedad puede modificar el curso de la primitiva, é inducirnos á error, por creerlo efecto del medio que se ensaya. Si la enfermedad es aguda, se disipan muy pronto

las dudas ; no sucede , empero , lo mismo , si se desenvuelve con lentitud y toma la forma crónica y sobre todo si el enfermo tiene interés en ocultarla. Para evitar, pues , esta causa de error, se hace indispensable que exploremos diariamente todas las funciones y el estado de los órganos.

En virtud de todo lo que llevamos dicho acerca de los experimentos, nadie podrá dudar de su inmensa utilidad , pues sin ellos la terapéutica permanecería estacionaria, lo que equivaldría á un atraso indirecto, en medio del gran movimiento científico que por do quiera se observa. Deber es de quien cultiva una ciencia , el ensanchar su esfera, el alejar sus límites en cuanto le sea posible ; mas este deber toma el carácter de imprescindible y hasta diremos de sagrado , tratándose de una ciencia , cuyo elevado objeto es conservar la salud , y curar las enfermedades. Supérfluo parece advertir que tratamos de los experimentos hechos con todas las precauciones y minuciosos detalles que quedan prescritos , por profesores hábiles y prudentes. Solo en circunstancias opuestas pueden ofrecer inconvenientes y ser perjudiciales. Debemos, sin embargo , hacer una distincion en el objeto que nos proponemos al ensayar los efectos curativos de los medios terapéuticos , pues uno de ellos es apreciar con mas rigor de lo que se ha hecho , la accion de los mismos , empleados generalmente , y determinar las condiciones especiales en que cada uno de ellos está indicado con mas particularidad , y las reglas con que conviene usarlos ; siendo el otro buscar en sustancias nuevas remedios mas eficaces contra los males que nos afligen ; pues no hay duda que en este último caso la responsabilidad es mayor, y por lo tanto deben principalmente consagrarse á esta clase de experimentos mas delicados , aquellos profesores que dotados de ciertos conocimientos, paciencia , etc., lo abrazan ó cultivan como una especialidad ; pero cuando se trata de una enfermedad siempre ó casi siempre incurable , como la rabia y la tisis , puede decirse que nos encontramos en circunstancias excepcionales y extraordinarias , y por lo tanto siendo ineficaces los medios hasta entonces empleados , estamos no solo autorizados , sino que tambien obligados á emplear un remedio , aunque sea incierto , indicado ya por la causa ó los síntomas del mal , ya por el raciocinio ó las ideas teóricas , ya finalmente por el empirismo.

Hay , por fin , otra clase de experimentos , que tan solo indirecta-

mente se refieren á la terapéutica, pues su relacion directa es con el diagnóstico, para asegurarnos del carácter contagioso ó no contagioso de una enfermedad. Tal sucede, cómo dice Chomel, en algunos casos en que hay dudas sobre la naturaleza de ciertas erupciones varioliformes, y en los que se ha propuesto y aun intentado inocular el pus tomado en las pústulas á personas que ni habian tenido viruelas, ni estaban vacunadas. Él, y con él nosotros, reprobamos altamente esos ensayos, porque por humanitario y elevado que sea su objeto, pueden perjudicar á personas sanas. No diremos por cierto lo mismo, si se trata de la inoculacion del pus ó moco-pus de una presunta enfermedad contagiosa, en el mismo sugeto que la padece. Trátase, por ejemplo, de una blenorragia, que se sospecha sea sifilítica, y el enfermo se niega á tomar los preparados mercuriales. Si realmente tiene dicho carácter y no se administran los referidos preparados, nos exponemos á ver aparecer una sífilis constitucional; si no lo tiene, es cuando menos inútil el mercurio. Pues bien, Ricord ha propuesto inocular el moco-pus de la blenorragia en cualquiera de los miembros del mismo enfermo, con objeto de salir de la duda, deduciendo que es sifilítica, si de la inoculacion resulta una úlcera con caracteres de tal, y que no lo es, si no dá resultado. Esta consecuencia es verdadera, considerada en tesis general, pero no lo es tomándola de una manera absoluta, pues hay casos en que se ha practicado la inoculacion sin resultado, á pesar de tratarse de una blenorragia verdaderamente sifilítica. Hemos indicado antes, que no reprobamos estos últimos experimentos, porque si realmente la enfermedad es contagiosa, tan solo añadimos una nueva manifestacion de ella, que será muy fácil curar; pero en cambio apoyados en un buen diagnóstico, seguimos un plan acertado, evitamos una sífilis constitucional, y sobre todo, téngase presente que no se inocula á una persona sana. Por otra parte, si la enfermedad no es contagiosa, no ofrece inconveniente alguno.

LECCION VI.

Estadística médica.

Expuestos los preceptos y las reglas que deben servirnos de guía en la difícil tarea de la experimentación, queda todavía por tratar un punto del más alto interés práctico. Aludimos á la *estadística médica ó método numérico*. En efecto, uno solo ó pocos experimentos, cualesquiera que fuesen sus resultados, no pueden probar de un modo general la eficacia ó ineficacia de un medio terapéutico. Es preciso para ello que los ensayos sean repetidos y en gran número. El precepto de *post hoc, ergo propter hoc*, es una espada de dos filos, que es preciso manejar con muchísima prudencia. En manos de un profesor dotado de esta bella cualidad, y de buenos conocimientos, como se supone, es un arma de salvación: en las de otro desprovisto de aquella, aunque posea éstos, lo es de destrucción y de muerte. La buena lógica enseña que el « *post hoc, ergo propter hoc, » semel aut bis*, nada ó muy poco significa, porque pueden los resultados ser meras coincidencias ó casualidades, sin que exista el menor enlace de causa y efecto. Si el *post hoc, ergo propter hoc*, se observa *multoties*, ya es grande su valor, porque debemos admitir la relación de causa y efecto. Finalmente si lo notamos *semper* ó mejor *ferè semper*, alcanza el más alto grado de certeza compatible con el carácter especial de la medicina. Pues bien, esta verdad tan palmaria ha impulsado mucho antes de nuestra época, á los médicos á valerse de los guarismos, al redactar, por ejemplo, la historia de varias epidemias, aplicándolos ya al número de los habitantes de la población epidemiada, ya al de los atacados, entre estos al de hombres, mujeres, niños, adultos, viejos, robustos, enfermos, convalecientes de otras enfermedades, sanguíneos, linfáticos, nerviosos, etc., á las diversas profesiones de los enfermos, á las causas y síntomas predominantes, duración, terminaciones y gravedad del mal, medios terapéuticos empleados con buenos ó malos resultados; recaídas, mortandad, etc. Vémoslo también empleado en las memorias anuales de las clínicas, hospitales civiles y militares, manico-

mios y direcciones de baños tanto nacionales como extranjeros. A principios de este siglo lo vemos en la obra de Bayle sobre la tisis pulmonar, en la tesis de Chomel sobre el reumatismo, en los ensayos del mismo acerca de la curacion de las fiebres intermitentes con los polvos de acebo, y en otras obras de varios prácticos, por ejemplo Bouillaud, Valleix, Gintrac, etc. Pero el que en nuestros dias representa la estadística médica, su jefe, su propagador, no su inventor, como dicen equivocadamente algunos autores, es el observador francés mas exacto y rígido de nuestro tiempo, el Dr. Louis, quien ha enriquecido la ciencia con este método que, aunque matemático, presta, como los físicos y químicos, interesantísimos datos á las ciencias fisiológicas y médicas, para la acertada resolucion de sus problemas. Sin perder de vista el carácter especial de la medicina, que pertenece al elevado rango de las ciencias fisiológicas, no podemos, sin embargo, dudar de que cuanto mas pertrechada está de los recursos que le prestan los medios físicos, químicos y matemáticos, adquiere mas el carácter científico y mayor grado de certeza, así como va perdiendo en la misma proporcion el de *arte conjetural*, nombre con que por tantos siglos se la ha motejado. Dicho práctico representa en este asunto un importantísimo papel, por dos poderosas razones: 1.^a la de haber sido su propagador; 2.^a haber sido el blanco de los tiros de los que se declararon antagonistas del mismo. En efecto, la historia de la estadística médica presenta un fenómeno muy notable: antes de la época de Louis, á nadie se le habia ocurrido vituperarla; al contrario ya hemos visto que la empleaban muchos profesores, aunque no con la generalidad de ahora; pero cuando se decidió él mismo á hacer una amplia y extensa aplicacion de este método para resolver varias cuestiones de patología, á las que habia dado suma importancia el choque de las opiniones y el ardor de las controversias, levantóse contra ella y sus aplicaciones una fuerte cruzada, dirigiéndole ataques tan bruscos que no se pueden comprender, sino recordando la violencia de la lucha que habia precedido. El campo de batalla fué la Academia Real de Medicina de París, en 1837: los defensores de este método fueron Chomel, Bouillaud, Rayer, Velpeau, Rochoux, Guersan de Mussy, etc., y las impugnadores Risueño Amador, Double y Broussais. En el calor de la improvisacion llegaron á decir algunos oradores, que toda numeracion de hechos patológicos

es esencialmente contraria á una sana lógica, y que solo puede dar resultados erróneos y por consiguiente peligrosos; y de ahí la proscripción absoluta del método que nos ocupa. Así es que el espíritu de bandería y las malas pasiones de los enemigos científicos de Louis y Chomel (pues tambien se atacó á éste) y de la estadística médica que defendian, convirtió en cuestion un punto admitido unánimemente por los prácticos en el sentido de su utilidad.

Prescindiendo, empero, de estos detalles históricos, diremos, que uno de los indisputables adelantos de que puede vanagloriarse el siglo en que vivimos, y que imprime á nuestra época un sello especial, es, sin duda alguna, haber perfeccionado considerablemente el arte de recoger casos particulares, dando un extraordinario desarrollo al método en cuestion. La medicina no podia permanecer impasible, ni quedar rezagada en medio de este gran movimiento de datos y números, que son el alma de las ciencias económicas y administrativas, y del cual ha nacido el interesante ramo de la estadística, que con la celeridad del rayo se ha difundido por todas las naciones civilizadas. Esta adquisicion de datos sujeta al cálculo numérico, ó sea la estadística que llamaremos general, aplicada á la medicina, ha dado origen á una de sus varias especialidades, la estadística médica, de la cual vamos á ocuparnos, y que definiremos diciendo que es « *un método que consiste en establecer numéricamente los resultados de la observacion y experimentacion médicas.* »

Segun lo expuesto, este método se halla todavía en su infancia, estando reservado al porvenir su completo desarrollo y perfeccion, pues su aplicacion al exámen de diversas cuestiones médicas de sumo interés ha dado los mas brillantes resultados; y á medida que los prácticos se dediquen con celo y laboriosidad á esta clase de estudios, veremos desaparecer, cual vanos fantasmas, algunas ideas que no habiéndose sujetado al crisol de la experiencia, nos han sido transmitidas de una manera rutinaria, y modificarse otras que nos enseñarán los números no ser exactas. Ha sonado ya la hora de reemplazar la famosa sentencia de Morgagni de *Non numerandæ sed perpendendæ sunt observationes*, por la siguiente: *Non solum numerandæ, sed etiam perpendendæ sunt observationes*, segun nota con razon Bouillaud en su Filosofía médica. No olvidemos aquella sábia máxima del ilustre baron

de Wanswieten que dice: *Qui castis veterum observationibus recentiorum inventa junxerit, is optimæ medicinæ fundamenta injecerit.* Pues bien, el mejor medio de reunir la experiencia de los siglos en terapéutica, es sin duda alguna el método numérico, el cual nos garantiza la exactitud de los conocimientos que nos han legado nuestros mayores; así cómo garantizará á su vez á nuestros sucesores la certeza de los que de nosotros hereden. Los hechos aislados, segun dice muy bien Gintrac, son tan estériles cómo el tesoro improductivo del avaro: al contrario, siempre que se reúnen y cuentan, crecen indefinidamente en valor, cómo crecen los capitales entregados á la actividad de la industria ó á las especulaciones del comercio. La estadística que liende constantemente á la exactitud, y que en efecto la alcanza, sustituye las vagas palabras de, *en general, ordinariamente, muchos, casi siempre, á menudo, con frecuencia, rara vez, casi nunca,* y otras parecidas, por cifras y cantidades fijas que desvanecen toda incertidumbre y hacen mas rigurosa la demostracion, prestando además un notable apoyo á la memoria, que no deja por desgracia de ser muy á menudo defectuosa é infiel. Así es que si leemos la historia de una epidemia, v. gr., escrita por dos profesores de igual veracidad, talento, espíritu de observacion, etc., y estudiada en el mismo punto y en la misma época, y de los cuales el uno usa las palabras vagas y meramente aproximativas, de que se ha hecho mérito, y el otro se vale de los números, no titubeamos en asegurar que tendrá mas valor clínico, y por lo tanto será mas recomendable, la de éste que la de aquel.

La estadística médica, prestándonos conocimientos exactos sobre lo pasado y lo presente, descubre con mano segura el tupido velo que nos oculta el porvenir: proporeionándonos un fiel inventario de los hechos consumados, sobre todo de los que corresponden al dominio de la patología, ilustra extraordinariamente la terapéutica, esta elevada cúpula del grandioso edificio de la medicina. No olvidemos aquel sabio precepto de Chomel, que dice: «La experiencia es el tribunal supremo y sin apelacion al que debemos recurrir en materias clínicas.» Pues bien, la estadística nos presta esa experiencia, la mas robusta que podemos desear.

Dadas estas ligeras noticias acerca del método numérico, hora es

ya de que nos hagamos cargo de las objeciones que al mismo se han presentado. Antes, empero, no podemos prescindir de poner de relieve una tan notable como lastimosa contradicción, en que han caído los antagonistas de dicho método. ¡ Tanto ciega á los hombres el espíritu de partido, que les hace desconocer ú olvidar las mas sencillas reglas de la lógica, hasta de la natural! En efecto, admitiendo, como admiten, la *numeracion aproximada*, (pues tal es, decir que se ha visto un hecho muchas veces ó pocas, ó casi nunca etc.), se sublevan contra la exacta ó sea contra la suma ó producto riguroso de los hechos, en una palabra, contra los guarismos. ¡ Admirable modo de raciocinar, por cierto! ¡ Lógica-modelo, en verdad, la que en una misma materia admite cálculos aproximados y rechaza los exactos y rigurosos!

Dichas objeciones pueden muy bien referirse á dos clases: 1.^a las que se dirigen al abuso, ó sea al uso poco prudente ó racional de la estadística: 2.^a las que se dirigen á ésta directamente. Por lo que toca á aquellas, se dice, por ejemplo, que cualquiera relacion acompañada de guarismos no está exenta de errores, y que la apariencia de exactitud que aquellos le dan, la hace por lo mismo mas peligrosa de lo que seria una relacion ordinaria.

Nos guardaremos bien de negar que una relacion cualquiera acompañada de guarismos no esté exenta de errores, y que las falsas consecuencias que de ellas se sacan son mas peligrosas por la apariencia de exactitud, que una relacion ordinaria; pero la buena lógica rechaza la consecuencia que de eso se pretende deducir, á saber, que es perjudicial la estadística. En efecto, por igual razon deberíamos decir que la lógica es perjudicial y que debe, por lo tanto, proscribirse, porque puede hacerse de ella un mal uso, precipitándonos por consecuencia en el error: que debe proscribirse la medicina, bálsamo consolador que alivia ó cicatriza las profundas heridas que sufre la humanidad, porque puede abusarse de ella: que debe proscribirse la jurisprudencia, sin la cual la sociedad seria un caos, porque puede hacerse de ella un mal uso: que el opulento banquero no debe registrar en sus libros de entradas y salidas las cantidades que recibe y las que dá, porque puede haber equivocacion en las operaciones aritméticas. Finalmente, por no acumular mas ejemplos, con igual derecho podríamos decir, si no

fuese un sofisma dicho argumento, que debemos rechazar los dos mas preciosos dones que en su inmensa sabiduría nos ha proporcionado la Providencia, á saber la Religion y la Libertad, porque desgraciadamente han abusado de ellas á menudo los hombres. No nos entretenemos mas en refutar esta objecion, por temor de ofender el buen juicio de nuestros lectores. Queda por lo tanto sentado, que del mal uso que puede hacerse de un objeto, no puede ni debe deducirse la proscricion del uso recto y acertado del mismo.

Las objeciones de la 2.^a clase, esto es, las que se dirigen directamente al método numérico, son las siguientes y en el orden con que las refuta Chomel.

1.^a «El método numérico se dirige á sustituir el cálculo al raciocinio, y la aritmética á la induccion.» Esta objecion es una verdad en la apariencia, y un error en la realidad: verdad en la apariencia, porque sacamos los resultados de los números: error en la realidad, porque éstos precisamente son los que en lugar de inhabilitar el raciocinio y la induccion, robustecen mas y mas aquel por los datos fijos y numerosos que le proporcionan, separándolo del camino del error que á veces sigue, cuando se apoya en hechos poco numerosos, mal analizados y peor contados. Por lo tanto la induccion es mas cierta.

2.^a «Cómo la enfermedad, dicen unos, consta de elementos variados, no puede sujetarse al cálculo cómo si fuese un solo fenómeno.» «Los estadistas, dicen otros, llevando cuenta de todos los pormenores, los elementos de la enfermedad se hallan desparramados en tantas columnas, que es imposible constituirla luego de nuevo.»

Esta es una de las objeciones menos desacertadas que se han presentado contra la numeracion de los hechos patológicos, por la dificultad de reunir los semejantes para deducir consecuencias generales. En efecto, el número, el desarrollo, la frecuencia ó la constancia de síntomas, así como el largo catálogo de las causas, que forman los cuadros sintomatológico y etiológico de una enfermedad, segun se describen en los libros, se observan muy distintos, variados, modificados y hasta casi desconocidos á veces á la cabecera de la cama; diferencias que nacen ya de las edades, de los temperamentos, de las constituciones, de las idiosincrasias, del estado moral de los enfermos, de la constitucion médica, de los climas, de las estaciones, así como tam-

bien de la violencia del mal, etc.; de manera que seria un empeño el mas ridiculo, la pretension de hallar la perfecta semejanza de unas mismas enfermedades. Pero, ¿ existe por ventura esta semejanza entre los animales de una misma especie, ni siquiera entre las hojas de un mismo árbol? ¿ Y dejan por eso los naturalistas de establecer generalidades en que se fundan las clasificaciones? ¿ Es esto un óbice para que los patólogos establezcan varios grupos de enfermedades, y para que el farmacólogo establezca diversas clases de medicamentos? Pues bien, si á pesar de no existir esta perfecta semejanza en los diversos objetos que acabamos de mencionar, se forman clasificaciones de los mismos, ¿ por qué se ha de negar igual derecho á la estadística médica? Recordemos que los caracteres fundamentales tienen mas valor que los matices que los distinguen entre sí. Una pulmonía legítima, una intermitente esencial, una viruela ya disereta ya confluyente, una calentura efimera, otra gástrica, otra catarral, una amaurosis, una catarata y mil otras enfermedades que podríamos citar, que sobrevienen en personas que habian disfrutado hasta entonces de la mas cabal salud, y en la edad de la adolescencia ó en la adulta, aunque presenten alguna variedad en sus síntomas, ¿ dejarán acaso de presentar rasgos tan semejantes, que las hagan perfectamente comparables entre sí, y deducir por lo tanto consecuencias numéricas del mas alto interés práctico? El buen sentido contesta en favor de la semejanza y consiguiente comparacion. Además, la misma conducta de los anti-estadistas ofrece un robusto argumento en pro del método numérico. Ellos á pesar de las mencionadas diferencias de las enfermedades, no dejan de dar descripciones generales de las mismas, por reputarlas no solo útiles sino del todo indispensables para el estudio de la medicina. ¿ Por qué, pues, como dijimos antes, admiten la estadística aproximativa y rechazan la fija ó numérica para establecer consecuencias generales? Si fuesen severos lógicos y consecuentes consigo mismos, no deberian admitir, ni mucho menos dar descripciones generales de las enfermedades por la misma razon, que oponen á la estadística, de las diferencias que ellas presentan, y sin embargo, segun queda dicho, no solo las admiten, sino que tambien las dan. De otra manera, seria la patología una verdadera mesa revuelta, que presentaria un número infinito de dolencias sin orden, concierto ni enlace entre sí, lo que constituiria su estudio

sumamente difícil, y extraordinariamente embarazosa la práctica de la medicina, pues retrocederíamos á los antiguos tiempos, en que no se poseian mas que descripciones particulares de las enfermedades, inscritas en las tablas votivas ó en las columnas de los templos. En fin, se suprimiria tan injusta como impremeditadamente, una de las mas importantes partes de la medicina, la patología general, base la mas firme sobre que descansan las patologías especiales.

Por lo demás, si tan poca semejanza existe entre unas mismas enfermedades, mas claro, entre enfermedades de una misma clase, ¿por qué razon los antagonistas de los números emplean las evacuaciones sanguíneas, ó un método anti-flogístico mas ó menos graduado en las inflamaciones, estados pletóricos é hiperemias: los anti-típicos en las intermitentes: los calmantes y anti-espasmódicos en la exaltacion y desarreglos del sistema nervioso: la coaptacion é inamovilidad de los extremos de un hueso roto en las fracturas; prescindiendo de otros mil ejemplos que podríamos citar? ¡Triste y precaria situacion la de aquellos que abjurán en el terreno práctico, de las ideas que sustentan orgullosos en el de la teoría!

Rebatida ya esta objecion en tesis general, vamos á rebatirla ahora en términos concretos, haciéndonos cargo del texto literal de ella.

Segun unos la estadística médica no tiene aplicacion al estudio de las enfermedades, porque atiende á un solo fenómeno en un objeto complejo por su esencia; y no la tiene segun otros, por una razon enteramente opuesta, cual es, examinar por separado cada uno de los elementos de la enfermedad total, si se nos permite esta expresion, imposibilitando su reconstitucion.

Al primer golpe de vista ya se observa que, á la manera que se destruyen mutuamente el mas y el menos de los matemáticos, cuando se trata de simplificar una ecuacion, de la misma manera se destruyen las dos partes de la objecion, segun vamos á demostrar.

Que la enfermedad es un objeto complejo, nadie lo duda ni puede dudarle, y por esta razon los estadistas nunca han tenido la ridícula pretension de considerarla como un objeto simple, como tan gratuita é infundadamente se ha supuesto. El método numérico no solo forma grupos, donde comprende las formas parecidas de una misma enfer-

medad, con las diversas modificaciones que en virtud de muchas causas puede presentar; sinó que lo verifica tambien con los diversos elementos que la constituyen, á saber, las causas, síntomas, curso, duracion, terminaciones, crisis, resultados del método curativo empleado, recaídas, recidivas, etc., deduciendo de cada uno de dichos grupos las consecuencias generales, ó particulares, que vienen apoyadas en los números. No puede, por lo tanto, acusársele de considerar la enfermedad, como un objeto simple.

Por lo que toca á la segunda parte, ó sea la imposibilidad de reconstituir la enfermedad, descompuesta, por decirlo así, en tantos elementos, grupos ó detalles, no alcanzamos á ver la necesidad de dicha reconstitucion, y en el supuesto de existir, el mismo trabajo costará al que use como al que no use la estadística. En efecto, tanto en las buenas nosografías, como en las colecciones de casos clínicos, despues de haber expuesto los cuadros etiológico y sintomatológico de una dolencia cualquiera, se entra en el exámen de interesantes y minuciosos detalles acerca de los referidos objetos: así, por ejemplo, en una pulmonía se habla de las variedades que puede presentar en un mismo grado el esputo ya en su viscosidad, ya en su color, ya en su abundancia y frecuencia de la expulsion, así como las que pueden presentar el dolor, difnea, decúbitos; debiendo decir lo mismo de las causas y demás elementos de la enfermedad. Pues bien, hágase esto aproximativa ó numéricamente, siempre presenta dificultades, que quizás son menores en el segundo caso al par que presta mayor exactitud. Rebatida ya esta objecion, pasemos á otra.

3.^a «La estadística, dicen, conduce á métodos fijos de curacion.» Es ésta una suposicion gratuita que rechaza una sana lógica. En efecto, ¿á quién se le ocurre hacer dicha objecion al método numérico, cuando precisamente en virtud de la rigurosa exactitud, con que somete los hechos al crisol de la experiencia, tiende, no diremos á destruir, pero sí á debilitar la influencia de los preceptos generales, tras los cuales acude con la mayor avidez el espíritu humano, por la natural tendencia que tiene á generalizar, poniendo así de relieve las excepciones que sin la estadística médica pasan desapercibidas? «La mision evidente del método numérico, dice muy oportunamente Mr. Cholmel, es destruir las ilusiones.»